

Cuatro esclavos de Bitinia trasladaron á Licia á casa de Petronio con grandes precauciones; Vinicio y Ursus iban á su lado, anhelando que llegase el momento de poderla confiar á los cuidados del médico griego. Avanzaban mudos y pensativos; después de las varias emociones de aquel día no se sentían con ánimos para conversar; Vinicio, además, no parecía estar en posesión de sus facultades. Repetía continuamente que Licia se había salvado y que el peligro de morir en la cárcel ó en el Circo había desaparecido; que las desventuras de los dos habían terminado; que la conduciría á su casa para no separarse jamás de ella. Todo esto, más que la realidad del mundo, le parecía el principio de otra vida. Se inclinaba frecuentemente sobre la abierta litera para ver el rostro adorado, que, al pálido fulgor de la luna, parecía adormecido. Iba repitiendo incesantemente en el fondo de su corazón: «¡Hela aquí, hela aquí! ¡Cristo la ha salvado!» Recordaba también que cuando él y Ursus sacaban á Licia del *Spoliarium*, un médico extranjero les había dicho que la joven vivía y que llegaría á sanar por completo. Esta sola idea le inundaba el corazón de alegría, siendo tan grande su emoción, que tuvo que apoyarse en el brazo de Ursus. Éste, con los ojos vueltos hacia el cielo, seguía caminando y orando.

Atravesaron rápidamente las calles de Roma, cuyas nuevas construcciones parecían plateadas por los rayos de la luna.

La ciudad estaba desierta; sólo de cuando en cuando se distinguían algunos grupos de personas coronadas de hiedra, cantando y bailando frente á los pórticos al son de la flauta, gozando así de aquella espléndida noche y de la época de fiestas que desde el principio de los espectáculos no se habían interrumpido.

Cuando estuvo cerca de la casa, Ursus dejó de rezar, y en voz baja, como temiendo despertar á Licia, dijo:

— Señor, fué el Redentor quien la salvó. Cuando la vi sujeta á los cuernos del bisonte, oí una voz en mi alma que me dijo: «¡Defiéndela!» Era la voz del Cordero Divino. La permanencia en la cárcel me había quitado la fuerza, pero el Señor me la devolvió en el momento oportuno é inspiró á este pueblo cruel para que se interesase por Licia. ¡Hágase su voluntad!

— ¡Alabado sea su nombre!, contestó Vinicio.

Calló, no pudiendo contener las lágrimas que á raudales brotaban de sus ojos. Sentía el impulso de una fuerza prepotente que le obligaba á prosternarse y á dar gracias al Señor por su bondad y misericordia.

Llegaron á casa; los siervos, avisados por un esclavo que se había adelantado al pequeño cortejo, se hallaban reunidos junto á la puerta para esperar á su señor. Pablo de Tarso los había hecho regresar de Anzio á casi todos. Enterados de las desventuras de Vinicio, manifestaron su alegría cuando vieron sanas y salvas á las



¡Glauco, Glauco! ¡Por amor de Cristo, perdóname! - (Pág. 358.)

víctimas de la crueldad de Nerón, y aumentó su contento cuando el médico Teocles declaró que Licia no había sufrido ningún daño serio y que curaría apenas pudiese reponerse de la debilidad que le había producido la fiebre.

Durante la noche volvió en sí. Cuando se vió en aquella estancia lujosamente decorada, iluminada con lámparas de Corinto, impregnada del perfume de nardos y verbenas, no pudo adivinar dónde se hallaba, ni comprender lo que le había sucedido. Sólo recordaba el momento en que la habían atado á los cuernos del terrible bisonte; y distinguiendo el rostro de Vinicio, inclinado sobre ella, iluminado por la suave luz de la lámpara, creyó que no estaba ya en este mundo. Las ideas se le confundían en el cerebro; le parecía naturalísimo, después de tantas penas y tantas torturas, haber sido conducida al cielo. No experimentando dolor alguno, sonrió á Vinicio, como pidiéndole tácitamente alguna explicación; pero de sus labios salía sólo un confuso murmullo, del cual Vinicio no acertó á comprender más que su propio nombre.

Arrodillándose junto á la enferma, le puso la mano sobre la frente y le dijo:

— ¡Cristo te ha salvado y te ha devuelto á mí!

Sus labios susurraron otra vez algunas palabras incomprensibles; después se cerraron sus párpados, un ligero suspiro sacudió su pecho, y cayó finalmente en un profundo sueño, esperado y deseado por el médico, y que debía ser precursor de la mejoría.

Vinicio permaneció arrodillado, rezando fervorosamente. El amor inflamaba de tal manera su alma, que parecía olvidar que se hallaba en el mundo. Teocles volvía con frecuencia á ver á su enferma, y el rostro de Eunica, la esclava de los cabellos de oro, asomaba continuamente por entre los cortinajes. Cuando las grullas que de noche se recogían en el jardín anunciaron el alba, el espíritu de Vinicio, siempre absorto en Cristo, no veía ni oía nada de lo que pasaba á su alrededor: su corazón estaba tan lleno de gratitud y de amor y su éxtasis era tan profundo, que si bien se encontraba aún sobre la tierra, parecía moverse en la inmensidad del cielo.

LXVII

Por no irritar á César, Petronio, después de la liberación de Licia, se presentó con otros augustianos en el Palatino. Quería saber lo que se decía y si Tigelino estaba tramando nuevos proyectos contra Licia. Verdad que así ella como Ursus se hallaban bajo la protección del pueblo y que nadie podía tocarles ni un dedo sin originar un tumulto; pero Petronio conocía el odio que el poderoso prefecto del Pretorio abrigaba contra él, y temía que, no pudiendo perjudicar al tío, tratara de contrariar al sobrino.

Nerón, por otra parte, estaba disgustado porque el final del espectáculo había sido muy diferente de lo que él esperaba. En un principio no quiso mirar á Petronio; pero éste, aproximándose al emperador con la mayor sangre fría, le dijo con toda la libertad propia del *Arbiter elegantiarum*:

— ¿Sabes, ¡oh divino!, la idea que se me ha ocurrido? ¡Escribe un canto sobre la virgen libertada, por voluntad del señor del mundo, de los cuernos de un toro enfurecido, y devuelta luego á su enamorado! Los griegos sienten mucho, y tu poesía ha de agradarles extraordinariamente.

A pesar de la cólera de que estaba poseído, la idea halló en Nerón entusiasta acogida; la poesía, sobre ser de un argumento tierno y delicado, le daba ocasión para alabarse como generoso señor del mundo. Miró á Petronio fijamente y exclamó:

— ¡Sí! Quizá tengas razón. Pero ¿te parece que estará bien en mí cantar mi propia bondad?

— No es preciso citar nombres. En Roma todos lo entenderán..., ¡y la fama vuela!

— ¿Y estás seguro de que agrada al pueblo de la Acaya?

— ¡Sí, por Pólux!, respondió Petronio.

Y se alejó satisfecho y seguro de que Nerón, á quien complacía en extremo buscar en la realidad los temas de sus poesías, aprovecharía el argumento que le había propuesto, con lo cual se ataba de manos á Tigelino. Petronio, sin embargo, no desistía de su plan de alejar á Vinicio de Roma, apenas lo permitiera el estado de Licia.

Y en efecto, al día siguiente, cuando vió á su sobrino le dijo:

— ¡Llévala á Sicilia! Según están ahora las cosas, no te amenaza ningún peligro por parte de César; pero Tigelino sería capaz de recurrir hasta al veneno, si no por odio hacia vosotros dos, por mala voluntad contra mí.

Vinicio sonrió.

— ¡Estaba sujeta á los cuernos del bisonte, y Cristo la salvó!

— Pues bien: ofrécele una hecatombe, repitió Petronio algo impaciente. ¡Pero no le ruegues que la salve otra vez! ¿Recuerdas cómo fué recibido Ulises por Eolo cuando volvió por segunda vez á pedirle los vientos favorables? Las divinidades detestan las repeticiones.

— Cuando esté curada, la conduciré de nuevo á casa de Pomponia Grecina.

— ¡Y harás muy bien, mucho más hallándose enferma Pomponia! Lo he sabido por Antistio, un pariente de Aulo. Entretanto ocurrirán otros incidentes que harán que el pueblo te olvide. ¡En la época presente los olvidados son los más felices! ¡La dicha sea tu sol en el invierno y tu sombra en el estío!

Después de dejar á Vinicio, fué en busca de Teocles para saber noticias exactas acerca del estado de salud de Licia.

La enferma se hallaba fuera de peligro. Debilitada por la fiebre, las privaciones y el aire corrompido la hubieran matado indudablemente, si hubiese permanecido más tiempo en la cárcel. Ahora, en cambio, rodeada de comodidades y hasta de lujo, era objeto de los más solícitos cuidados; después de dos días, por consejo del médico, fué transportada al jardín, donde debía estar largas horas.

Vinicio adornaba su litera con anémonas, y especialmente con lirios, para recordarle la casa de Aulo; protegidos por la sombra de los árboles, conversaban en dulce calma y sosiego acerca de los males sufridos. Decía Licia que Cristo había querido probarles con tantos dolores, para convertir el alma de Vinicio y hacerle abrazar su fe. Convenía él en que su amada decía la verdad y que por su parte había dejado de ser el antiguo patricio, cuya ley única era su voluntad; y en sus recuerdos no encontraba amargura. Les parecía á entrambos que habían transcurrido muchos y muchos años y que el pasado yacía sepultado desde largo tiempo. Una paz jamás sentida inundaba sus corazones. César podía enloquecer y horrorizar al mundo con sus locuras; ellos sabían que les protegía una mano mil veces más poderosa que la de Nerón; no les infundía miedo su cólera ni su crueldad; para ellos César no era ya el dueño de la vida de sus súbditos.

Un día oyeron el rugido de las fieras encerradas en un lejano vivar. En otras ocasiones aquellas voces habían hecho estremecer á Vinicio, interpretándolas como un triste presagio. Esta vez miró á Licia con afecto, y ambos alzaron los ojos al cielo. A menudo Licia, débil aún y no pudiendo valerse por sí misma, quedábase dormida en el silencioso jardín. Él velaba su sueño, contemplaba aquel rostro querido y repetía en el fondo de su alma que aquella no era la Licia que había visto en el jardín de Aulo.

La enfermedad y los sufrimientos morales habían dejado tristes huellas en su belleza. Cuando la conoció en casa de Aulo, y más tarde, cuando trató de robarla de la casa de Miriam, por su belleza podía ser comparada á una estatua, á una flor. Ahora su rostro se había vuelto transparente, sus manos demacradas, su cuerpo descarnado por la enfermedad, los labios pálidos, y hasta los ojos parecían haber perdido su color azul de otro tiempo. Eunica, que le llevaba flores y ricos tejidos para cubrirle los pies, parecía á su lado una diosa ciprina. En vano procuraba Petronio descubrir en ella los rasgos de su hermosura; sacudiendo los hombros, terminaba siempre con la consecuencia de que aquella sombra de los Campos Elíseos no merecía todos los tormentos que había soportado Vinicio por su amor y que casi le habían llevado al otro mundo. Pero el joven guerrero, enamorado de su alma, creía amarla cada vez más; y cuando la velaba en el silencioso jardín, parecíale que custodiaba algún objeto sagrado.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1946. 1625 MONTERREY, MEXICO

LXVIII

La noticia de la maravillosa liberación de Licia se esparció rápidamente entre los cristianos que habían podido escapar á las persecuciones, y muchos desearon ver con sus propios ojos á aquellos elegidos, con los cuales había manifestado Cristo tanta misericordia. Los primeros en presentarse fueron Nazario y Miriam, en cuya casa había permanecido oculto hasta entonces el apóstol Pedro. Todos los visitantes, lo mismo que Vinicio, Licia y los esclavos cristianos de Petronio, escuchaban con atención el relato de Ursus acerca de la voz misteriosa que oyó en el Circo y que le impulsó á luchar con la bestia feroz. Todos salían animados con la esperanza de que Cristo no permitiría la destrucción de sus secuaces y que los protegería hasta su vuelta á la tierra. Y esta confianza les confortaba en sus angustias, pues las persecuciones no habían terminado aún. Todo el que se confesaba cristiano era encerrado en una cárcel; y si el número de las víctimas iba disminuyendo, el hecho obedecía á que la mayor parte habían sido ya torturadas y muertas. Los cristianos sobrevivientes, ó habían abandonado Roma para esperar en lejanas provincias el fin de la persecución, ó se habían escondido con grandes precauciones, no atreviéndose á reunirse para la oración más que en las afueras de Roma, en las fosas de arena. El Circo estaba cerrado, por lo cual los cristianos prisioneros se reservaban para futuros espectáculos ó eran ajusticiados silenciosamente y separadamente. Por más que en Roma nadie creía que hubieran sido los cristianos los incendiarios, fueron, sin embargo, declarados enemigos de la humanidad y del Estado, y quedó en vigor el edicto contra ellos.

Durante largo tiempo el apóstol Pedro no se atrevió á presentarse en casa de Petronio. Por fin, una noche fué anunciado por Nazario. Licia, bastante más fuerte y aliviada, y Vinicio salieron á su encuentro y le besaron los pies.

Pocas eran las ovejas que le quedaban de aquel rebaño numeroso que le había confiado Cristo, y cuyo triste destino amargaba su corazón; por esto se emocionó doblemente al ver á los dos jóvenes. Cuando Vinicio le dijo: «Señor, por tu mérito el Salvador me la ha devuelto,» respondió el apóstol: «Te la ha devuelto en méritos de tu fe, porque no todas las bocas que saben pronunciar su nombre permanecen mudas.»

Pensaba Pedro en los millares de criaturas devoradas por las fieras, en las cruces que habían llenado la arena, en las columnas de fuego de los jardines cesáreos; y en su acento se notaba una profunda tristeza.

Licia y Vinicio observaron que los cabellos del apóstol habían encanecido por completo y que su figura delgada y encorvada, su rostro macilento, reflejaban un dolor tan agudo como si él mismo hubiese sufrido todos los martirios con que la crueldad y la locura de Nerón habían oprimido á los cristianos. Ambos comprendían, no obstante, que si Cristo se había sometido al martirio y á la muerte, no

podría sustraerse su apóstol á los mismos sufrimientos. El aspecto triste y macilento del anciano conmovió sus corazones, tanto que Vinicio, que pensaba trasladarse con Licia á Nápoles lo antes posible, para encontrar allí á Pomponia Grecina y continuar después el viaje hacia Sicilia, rogó al apóstol que dejase Roma y que les acompañase.

Pedro, acariciando con la mano la cabeza del tribuno, respondió:

— En mi corazón oigo las palabras del Señor, que junto al lago de Tiberfades me dijo: «Cuando eras joven, ibas adonde querías; cuando seas viejo, extenderás tu mano y otro te conducirá adonde no quieras.» Por esto es justo que yo siga á mi grey.

Y como los dos callasen, no comprendiendo el significado de sus palabras, añadió:

— Mi obra se acerca á su fin; sólo en la casa del Señor encontraré mi reposo y la paz. No me olvidéis, porque yo os he amado como un padre ama á sus hijos, y cualesquiera que sean vuestras obras, hacedlo todo por la gloria de Dios.

Hablando así, alzó sus manos temblorosas y les bendijo. Ambos le demostraron todo el cariño que sentían por él, comprendiendo que aquella era la última bendición que recibían del apóstol. Y sin embargo, estaba dispuesto que habían de verle otra vez.

Algunos días después llegó Petronio del Palatino con noticias terribles. Habíase descubierto allí que uno de los libertos de Nerón era cristiano, y en un registro de que fué objeto se le encontraron algunas cartas de los apóstoles Pedro y Pablo, de Juan y de Judas Tadeo. Tigelino había sabido mucho tiempo antes que el gran apóstol vivía en Roma; pero ahora creía que, como tantos otros, había desaparecido ya del mundo. Cuando se enteró de que las dos figuras principales de la nueva religión vivían aún y habitaban en la capital, decidió, de acuerdo con Nerón, apoderarse de los dos apóstoles, esperando con esto destruir en sus raíces la secta aborrecida. Petronio oyó decir á Vestinio que César había ordenado que antes de tres días quedasen encerrados en la cárcel Mamertina Pedro y Pablo, habiéndose enviado numerosos pretorianos á hacer activas pesquisas en todas las casas del Trastevere.

Vinicio resolvió enterar en seguida al apóstol del peligro que le amenazaba; llegada la noche, él y Ursus, envueltos en amplios mantos galos, se encaminaron hacia la casa de Miriam, donde habitaba Pedro. La vivienda de la viuda se hallaba en la parte del Trastevere más próxima á la ciudad, casi á los pies del Janículo. Por el camino vieron muchas casas rodeadas de soldados que detenían á personas desconocidas; viva inquietud reinaba en aquel barrio; acá y allá se habían recogido grupos de curiosos. Los jefes interrogaban á los detenidos acerca de Simón Pedro y de Pablo de Tarso. Ursus y Vinicio llegaron, á pesar de la confusión, sanos y salvos, á la casa de Miriam, donde se hallaba Pedro rodeado de algunos creyentes, entre ellos Timoteo y Lino.

Oída la triste noticia, Nazario les hizo salir á todos por una puertecita secreta que daba al jardín, señalándoles una cueva abandonada, á alguna distancia de la puerta del Janículo. Ursus conducía á Lino, cuyas piernas, destrozadas en la tortura, no estaban aún curadas. Llegados á la cueva, se creyeron algo más seguros, y á la débil luz de unas teas encendidas por Nazario trataron de cuál sería el mejor medio para salvar la preciosa vida del apóstol.

— Señor, dijo Vinicio, al despuntar el día hazte conducir por Nazario á los montes Albanos, adonde iré á encontrarte. Después te llevaré á Anzio, donde nos esperará una nave para transportarnos á Nápoles y á Sicilia. ¡Celebraré siempre el día en que entraste en nuestra casa y nos bendijiste!

Muchos aprobaron el proyecto y suplicaron al apóstol que lo aceptase.

— Esconde tu sagrada cabeza, decían. ¡No permanezcas en Roma! ¡Ve á otra parte á sembrar la verdad, á fin de que ésta no perezca contigo y con nosotros! ¡Escúchanos, oh padre; te lo rogamos!

— ¡Hazlo en nombre de Cristo!, exclamaban otros, cogiéndose desesperadamente á sus ropas.

— ¡Hijos míos!, respondió Pedro, ¿quién puede saber el tiempo que ha puesto Dios como límite de mi vida?

El apóstol vacilaba; no sabía si secundar el deseo de los cristianos allí reunidos: de algún tiempo á entonces había penetrado en su alma cierto temor y una especie de duda.

«La grey, pensaba, está dispersada y la obra destruída; la Iglesia, que antes del incendio parecía una planta vigorosa, ha caído en el polvo por voluntad de un tirano. No quedan más que lágrimas y el recuerdo del martirio y de la muerte. La semilla dió buenos frutos, pero Satanás los aplastó bajo sus pies; las legiones de ángeles no acudieron en auxilio de las víctimas; Nerón, más terrible y poderoso que nunca, difundió su gloria por tierra y mar.» Y el santo pescador, levantando las manos al cielo preguntó: «¡Señor! ¿Qué he de hacer? ¿Cómo debo obrar? ¿Cómo es posible que yo, viejo y débil, logre combatir y vencer á esta indomable potencia del mal?» Y como demostración de inconmensurable dolor, repitió entre sí mismo: «Aquella grey que me mandaste apacentar ya no existe, tu Iglesia desapareció, la tristeza y el luto han penetrado en tu ciudad: ¿qué quieres que haga yo ahora? ¿Debo quedarme ó guiar hacia otra parte á tus ovejas, para que glorifiquen tu nombre en secreto, al otro lado de los mares?»

Estaba indeciso. Creía que la verdad acabaría por vencer; pero según él, esta hora no sonaría hasta el día del juicio, cuando el Señor apareciera de nuevo, en medio de una magnificencia y de una gloria mayores que las que ostentaba Nerón. Alguna vez le asaltaba la idea de que cuando quisiese abandonar Roma, los creyentes le seguirían. Imaginariamente les guiaba hacia los umbrosos bosquecillos de Galilea, á orillas del azulado lago de Tiberfades, con los pastores que allí pacen su grey entre el tomillo y las raíces de los pimenteros. Un vivísimo deseo de paz y de tranquilidad, una necesidad de volver á ver aquel lago y aquellos bosques se apoderaban cada vez con más fuerza del ánimo del pescador, llenándole de lágrimas los ojos.

Entonces, en el momento decisivo, era asaltado por el temor y la inquietud. ¿Cómo podía abandonar aquella ciudad, cuyo suelo se había bañado con la sangre de tantos mártires, donde tantos habían sostenido la verdad con la muerte? ¿Debía ceder él solo? ¿Y cuál sería su respuesta al Señor cuando le dijese: «¡Estos han muerto por la fe! ¡Tú, en cambio, huíste?»

«Yo, decía entre sí, pasé días y noches con ansias y dolores; otros, en cambio, desgarrados por las fieras, clavados en la cruz, quemados en los jardines de César, expiraron, tras breve pena, en el beso del Señor; y tampoco puedo hallar paz y sufro martirios mayores que los que padecen aquellos que los esbirros escogieron como víctimas. Con frecuencia, mientras el sol naciente doraba las techumbres de las casas, yo suspiraba en lo más profundo de mi corazón destrozado: Señor, ¿para qué me llamaste aquí, para qué me hiciste encontrar tu ciudad en el cubil de la fiera? Los treinta y tres años transcurridos desde la muerte del Maestro fueron para mí una época de incesantes trabajos. Con el báculo del peregrino en la mano, yo recorrí el mundo anunciando la alegre nueva. Extenuado por las enfermedades y las fatigas, llegué á esta ciudad, la primera de la tierra. Después que hube reforzado

aquí la obra del Maestro, furioso huracán de sangre se desató sobre la ciudad. ¡Y qué lucha! Por una parte César, el Senado, el pueblo, las legiones que encierran el mundo en un círculo de hierro, innumerables ciudades, países, y un poder tan inmenso como no podía imaginarlo mayor el humano pensamiento. Por otra parte, yo, encorvado bajo el peso de los años, fatigado y tan débil, que mi mano trémula apenas puede sostener el bastón. ¿Puedo yo ser llamado á medir mis fuerzas con el César romano?.. ¡Esto sólo puede hacerlo Cristo!»

Todos estos pensamientos se agitaron en su cerebro, mientras oía los consejos y súplicas de los fieles que le rodeaban, los cuales seguían repitiendo con calor y voz conmovedora:

— ¡Escóndete, maestro! ¡Huye de aquí! ¡Lejos de la *fiera*!

Por último, hasta Lino volvió hacia él su cabeza temblorosa:

— Señor, le dijo, el Redentor te ordenó que apacentaras su grey, pero ésta no se halla aquí; ve, pues, adonde puedas encontrarla. La palabra de Dios resuena todavía en Jerusalén, en Antioquía, en Efeso y en otras ciudades. ¿Por qué has de permanecer en Roma más tiempo? Si tú caes también, el triunfo de la *fiera* será mayor. El Señor no ha establecido el límite de la vida de Juan. Pablo es ciudadano romano; no puede ser condenado sin proceder antes á un interrogatorio. Pero si las potencias infernales se sublevaron contra ti, ¡oh Maestro!, los corazones acobardados se preguntarán: ¿Quién es superior á Nerón? Tú eres la piedra sobre la cual se ha edificado la Iglesia de Dios. Nosotros estamos dispuestos á morir; pero tú debes impedir la victoria del Anticristo sobre el Vicario de Dios, y no volver aquí hasta que el Señor haya destruído al que derramó tanta sangre inocente.

— ¡Mira nuestras lágrimas!, repitieron los presentes.

También se había inundado en llanto el rostro del apóstol. Se levantó luego y extendió sus manos sobre los fieles, diciendo:

— ¡Alabado sea el nombre del Señor y hágase su voluntad!

LXIX

A la mañana siguiente, muy temprano, dos figuras envueltas en negros mantos se encaminaban, siguiendo la vía Apia, hacia la Campania. Eran Nazario y el apóstol Pedro, que abandonaba Roma y á sus torturados hermanos.

Por la parte de Levante aparecía en el cielo una faja verdosa, cuya orla inferior iba coloreándose de un tono anaranjado; poco á poco se destacaban entre las sombras, dilatándose, las hojas plateadas de los árboles, el blanco mármol de las quintas y la majestad de los arcos de los acueductos, muy abundantes en la campiña romana. La faja verdosa del Oriente se iba iluminando cada vez más y adquiriría reflejos dorados, mientras una luz rosada y suave coronaba los montes Albanos, que bellos, multicolores y rodeados de rayos iridescentes, parecían devolver con sonrisas de fuego aquel dorado saludo.

Las arboledas húmedas de rocío absorbían los primeros rayos del sol, despidiendo vivos resplandores á través de la ligera niebla matutina; se distinguían campos, casas, cementerios, aldeas, y los templos ocultos entre los árboles.

El camino estaba desierto. Los vendedores que proveían á Roma de verdura no habían salido aún de sus hogares; sobre las piedras de que estaba adoquinado el camino que conducía á la montaña resonaban los pasos de los dos peregrinos. Al fin el sol remontó la línea de las colinas. Maravillosa aparición atrajo las miradas del gran apóstol; le pareció que el círculo dorado, en vez de seguir su camino celeste, descendía de su altura para salir á su encuentro.

Pedro se detuvo, preguntando á su compañero:

— ¿Ves aquel resplandor que se acerca á nosotros?

— ¡No veo nada!, respondió Nazario.

Pedro, deslumbrado, hizo sombra á sus ojos con la mano y dijo después de breves instantes:

— Envuelta en los rayos del sol, una figura viene hacia nosotros.

Pero no se oía ni una pisada en torno de los caminantes. El silencio era solemne; Nazario veía temblar las copas de los árboles, como sacudidas por una mano invisible.

La llanura iba aclarándose cada vez más; el muchacho contemplaba sorprendido al apóstol.

— ¡Maestro! ¿Qué tienes?, le preguntó asombrado.

El báculo de peregrino cayó de las manos de Pedro; sus ojos miraban fijamente hacia adelante, y su boca abierta denunciaba el más grande asombro; la sorpresa, la felicidad, el éxtasis alternaban sobre el pálido rostro del anciano.*

De pronto, extendiendo los brazos, cayó postrado, mientras con voz que nada tenía de humano exclamó:

— ¡Cristo, Cristo!